

Por debajo de las Torres Blancas. En Memoria de Julián Gállego (1919-2006)

La primera vez que supe de Julián Gállego fue a través de un libro que conservo desde el bachillerato. Titulado *Pintura Contemporánea* (1971), hacía el número ocho de aquella “Biblioteca General Salvat” que fue un hito en la divulgación cultural de la España de los setenta. Releo ahora el último párrafo donde se refiere a la *topographie anecdotée du hasard*, una obra de Daniel Spoerri de 1961, que describe como una serie de objetos de todas clases extendidos sobre una mesa. No se acompaña de ninguna imagen. Sin embargo, esa referencia no surge *par hasard*, sino como una erudita –y sin embargo vital, hasta parecer una metáfora recién descubierta, y al propio tiempo sutil y levemente irónica– caracterización del “no va más” del arte contemporáneo. Pero no permite que el lector se confíe. Unas líneas más adelante, el libro termina con una cita del “antiguo” y prudente aragonés Jusepe Martínez, cuya edición crítica de sus *Discursos de la pintura* había publicado en 1950: “falta aún mucho por hacer”.

Nada de cuanto comportaba aquel modo de escribir –ni menos de pensar– de Julián Gállego entendí entonces, naturalmente, aunque el libro alimentó mi curiosidad hacia el arte contemporáneo durante la adolescencia (hablaba de lo que ningún otro libro escolar ni profesor hablaba), sin saber, tampoco, que su autor había sido, desde su privilegiada atalaya de París, donde había vivido entre 1952 y 1968, una figura señera en el conocimiento del panorama artístico internacional de su tiempo. En efecto, durante aquellos años, las páginas de la revista *Goya* recogieron sus “Crónicas desde París”, donde no sólo hablaba de sus coetáneos, sino también de muchos artistas de los siglos XIX y XX, cuya obra se había visto entonces poco o nada en España: Blake, los Prerafaelistas, Delacroix, *Monsieur Ingres* –como tituló una crónica de su centenario, en 1967– Cézanne, Matisse, Klee, Kandinsky... Algunos de esos artículos se han reeditado recientemente en el volumen *De Velázquez a Picasso* (Biblioteca Aragonesa de Cultura, 2002). Su labor como crítico continuó en la prensa diaria, en las páginas de *ABC*, hasta pocos años antes de su muerte.

Cuando en octubre de 1977 comencé a estudiar cuarto curso de la especialidad de Historia del Arte en la Universidad Autónoma de Madrid, a donde el maestro se había incorporado desde su creación, experimenté un orgullo, todavía cándido, porque el autor de aquel libro, cuya posesión yo juzgaba una feliz coincidencia, sin saber de su verdadero valor, era el profesor que impartía arte de los siglos XIX y XX. Todos sus alumnos recordaremos la singularidad de sus clases, iluminadas siempre por juicios certeros y salpicadas de una socarronería fuera de lo común. Éramos muchos los que le seguíamos también a las conferencias, pues era un orador excepcional. Recuerdo, entre otras, las del “Ciclo Cultural Politeia”, que se grababan y entregaban transcritas la semana posterior a su impartición, en aquel viejo sistema de multicopia, algunas de las cuales conservo todavía entre los apuntes de clase Y casi llevo a escucharle. Veo ahora, *par hasard*, que el 10 de enero de 1978 habló de “La pintura soviética y el Realismo Socialista”. Al principio leyó el *Poème*

politique de Paul Eluard, “para empezar de una manera lírica y para centrar desde el principio el problema, no sólo estético sino de conciencia”. Seguramente una parte de su atractivo residía en el lirismo y en la búsqueda de la conciencia.

Varias generaciones de estudiantes sucumbimos a su seducción por la palabra en sus clases de arte contemporáneo en la Autónoma, primero, y en la Complutense después, hasta su jubilación allí como Catedrático Emérito, periodo en el que dirigió varias tesis doctorales y memorias de licenciatura como la de Javier Herrera Navarro, Lourdes Cerrillo, María José Alonso, José Carlos Clémentson Lope o Guillermo de Osma, que recuerde ahora. Pero además de su dedicación docente, investigadora, divulgadora y crítica dentro del arte contemporáneo, con un abundante número de artículos, colaboraciones en catálogos y monografías de artistas, la gran aportación intelectual de Julián Gállego a la historia del arte, se encuentra en sus investigaciones sobre la pintura española del Siglo de Oro y Goya.

Su primera tesis doctoral, realizada en Francia, *Vision et symboles dans la peinture espagnole du siècle d'Or* (Klincksiek, 1968), dirigida por Pierre Francastel en la Sorbona, y publicada después en castellano (Aguilar, 1972; Cátedra, varias ediciones), causó un gran impacto y es considerada hoy un hito historiográfico. En ella se analiza la complejidad simbólica y literaria que encierra aquella pintura para una sociedad acostumbrada a descubrir en las imágenes alusiones y referencias complejas, frente al realismo con el que había sido vista en época contemporánea. Su segunda tesis doctoral, presentada en la Universidad de Zaragoza, por la que se había licenciado en Derecho en 1939, fue publicada con algunas modificaciones con el título *El pintor, de artesano a artista* (Universidad de Granada, 1976; Diputación de Granada, 1975; Cátedra, varias ediciones), que representa una contribución singular a la historia social del pintor en ese periodo.

Además de varias obras de conjunto sobre pintura europea publicadas por la editorial Skira, sobre ese periodo histórico es también memorable la monografía, escrita en colaboración con J.M. Gudiol, *Zurbarán, 1598-1664. Biografía y análisis crítico* (Polígrafa, 1976), cuyas originales apreciaciones no han perdido vigencia treinta años después; y, sobre todo, el exquisito ensayo *El cuadro dentro del cuadro* (Cátedra, 1978), donde realiza “una serie de reflexiones sobre el sentido del cuadro en sus relaciones con el espacio que lo rodea y con el que finge contener en su interior”. Igualmente merece citarse su discurso de entrada en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando *La arquitectura desde la pintura* (1988), una de las varias instituciones académicas de las que fue miembro.

Los dos grandes artistas sobre lo que volvió una y otra vez, como si constituyeran una fascinante obsesión, a juzgar por el cúmulo de referencias que aparecen de ellos en toda su obra, amén de artículos y libros, fueron Velázquez y Goya. Tanto el *Velázquez en Sevilla* (Arte Hispalense, 1974; varias ediciones posteriores) como la monografía *Diego Velázquez* (Antrhopos, 1983) constituyen dos de las más exquisitas piezas que se han escritos sobre el pintor de los pintores. Esa dedicación a Velázquez culminó con el catálogo de la exposición *Velázquez*, celebrada en el Museo del Prado en 1990. En cuanto a Goya, cabe destacar, entre otros, los estudios *En torno a Goya* (Librería General, 1978), *Los Autorretratos de Goya* (Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1978) y *Goya y la caza* (El Viso, 1985). Velázquez y Goya, en fin, son protagonistas simultáneos de un imaginaria conversación en el relato *Goya descubriendo a Velázquez*, ambientado en Roma y editado por la Fundación de Amigos del Museo del Prado en 2003, con motivo del homenaje al que ya no pudo asistir.

Entre la abundante y variada dedicación a la literatura –y me refiero ahora a los cuentos, el teatro, los ensayos sobre escritores y los relatos de viaje, aunque, por su exquisita personalidad y precisión narrativa, sin duda merecen la calificación de literatura todos sus escritos– hay varias piezas por las que Julián Gállego ocupa “un lugar notorio” entre “las primeras filas de los prosistas españoles contemporáneos”, como se señalaba ya en el libro *Muertos y Vivos* (Editorial Rocas, 1959), finalista del “III Premio Lepoldo Alas”, que recoge doce cuentos llenos de “ironía, humor y ternura”. Antes había obtenido el premio “Amparo Balaguer” por su drama *Fedra* (Heraldo de Aragón, 1951) y publicado el inolvidable *Mi portera, París y el Arte* (Seix Barral, 1957). Posteriormente aparecería *Apócrifos Españoles* (Plaza y Janés, 1971).

Más recientes son los libros de viaje: *Postales* (Heraldo de Aragón, 1979) –que tengo en especial estima y al que más de una vez he acudido para encontrar una cita precisa– y *Años de viaje* (Mira, 2001), que testimonian su fascinación por la belleza del mundo, de todas la culturas y de todas las épocas. Y un exquisito libro de cuentos, *Nuevos cuentos de la Alhambra* (Diputación de Granada, 1988), que escribió, según me contó Miguel Rodríguez-Acosta, autor de las primorosas ilustraciones, en la casa colindante al carmen Rodríguez Acosta, en el que precisamente está ambientado el último de los relatos, que termina con estas palabras: “Pero es así el vivir: elegir un camino entre lugares previstos desde las alturas, más arriba, muy por encima de las Torres Blancas”.

CARLOS REYERO
Universidad Autónoma de Madrid